

En tal caso, no podian hacer mas que avisar. Es verdad que en ese mismo dia el duque de Orleans hizo publicar en el *Correo Francés* su protesta contra el nacimiento del duque de Burdeos.

Ademas, el príncipe hizo llamar al general Hulot y al capitán Dumont Durville: encargó al primero apresurase la salida del rey para Cherbourg, y al segundo esperase allí con un buque para embarcar al rey y conducirlo á Inglaterra.

CAPÍTULO XLVII.

Los convidados llegaron á Rambouillet á media noche: Carlos X se sorprendió mucho cuando le anunciaron la visita de los cuatro embajadores.

Contestó que la hora no era oportuna para una audiencia, pero que sin embargo ofrecia á los señores comisionados la hospitalidad por aquella noche en el castillo de Rambouillet.

Los comisionados rehusaron, y volvieron á tomar el camino de Paris.

El duque de Orleans los vió llegar con algun asombro.

—Es necesario que parta—murmuraba. . . . es preciso. . . . es preciso. . . .

—¿Pero cómo hacerle marchar? preguntó uno de los comisionados.

—Asustándole—dijo el rey.

Y, llamando aparte al coronel Jacqueminot le dió algunas órdenes en voz baja.

El coronel hizo una reverencia y salió.

La expedicion de Rambouillet estaba resuelta.

Al dia siguiente, Paris se despertó al sonido del tambor batiente que tocaba la generala, mientras que hombres del pueblo, ó vestidos como tales, recorrian las calles gritando “¡A las armas! ¡A las armas!”

Todos se asustaron, todos preguntaron, y al fin supieron que Carlos X habia reunido doce mil hombres en Rambouillet, que se aprestaba á ir sobre Paris, y que habia hecho un llamamiento á los patriotas de Julio.

Muchos no habian aun abandonado la carabina ó el fusil; así es, que á las ocho de la mañana treinta mil hombres estaban sobre las armas.

Pusiéronse en marcha hácia Rambouillet, engrosándose las filas con los patriotas de todos los pueblos grandes y pequeños por los que atravesaban.

A los primeros sonidos del tambor, los comisionados habian vuelto á salir para Rambouillet, pero no tan de prisa como parecia lo demandaban las circunstancias.

Esta vez si fueron introducidos ante Carlos X, cuya abdicacion habia sido enviada á la cámara de los pares.

El mariscal Maison tomó la palabra, y al esponerle la mision de que estaban encargados le anunció que detrás de ellos venia una columna de cincuenta á sesenta mil hombres.

—¿No habeis leído mi abdicacion, caballero? preguntó Carlos X.

—La he leído, Sire.

—Entonces debeis haber visto que estoy decidido á morir en caso que se quiera emplear la violencia para hacerme salir de Rambouillet.

M. Odilon Barrot tomó la palabra:

—Yo no dudo, Sire, le dijo—que esteis dispuesto á sacrificar vuestra vida; pero no las de esos buenos servidores que os rodean, que se han mantenido fieles y que os deben ser por lo mismo muy queridos, nó: evitad una catástrofe en la que perecerian sin utilidad ninguna: habeis renunciado á la corona, vuestro hijo ha abdicado. . . .

—Sí, pero en favor de mi nieto, le interrumpió vivamente Carlos X: he reservado esos derechos, y los sostendré mientras corra una gota de sangre por mi cuerpo. . . .

M. Odilon Barrot interrumpió á su vez á Carlos X.

—Cualesquiera que sean los derechos de vuestro nieto, cualesquiera que sean vuestras esperanzas para su porvenir, debíais evitar que vuestro nombre se manchase con sangre francesa.

Carlos X se volvió al duque de Ragusa que asistia á la conversacion.

—¿Qué debemos hacer, señor? le preguntó.

Entonces M. Odilon Barrot tomando las manos del rey, que debió (y sea dicho entre paréntesis) admirarse de tal confianza, exclamó:

—Sire, es necesario que consumeis vuestro sacrificio ahora mismo.

A estas palabras Carlos X contestó con una señal que indicaba deseaba quedar solo para consultar con su familia y amigos.

En consecuencia, los comisionados se retiraron.

Media hora despues, se les avisó que el rey acababa de dejar á Rambouillet y que se dirijia á Maintenon.

El carruaje en que estaban encerrados los diamantes de la corona se quedó por orden espresa de Carlos X, en el patio del castillo de Rambouillet.

Los comisionados pusieron sus sellos en el carruaje, enviaron orden al general Pajol que mandaba la columna po-

pular de retornar á Paris, y subiendo á un coche de cuatro mulas, formaron la retaguardia del rey que huia.

Tal es la diferencia que existe entre nuestras dos revoluciones: en 1791 Luis XVI fugitivo en Varennes, fué custodiado por tres comisionados encargados de velar sobre el prisionero del Temple y la víctima de la plaza de la Revolution.

En 1830, Carlos X fugitivo en Rambouillet, fué acompañado hasta Cherbourg por cuatro comisionados encargados de velar sobre él, hasta embarcarlo, y de abandonarlo despues á merced de las olas y de su fortuna.

Si la clemencia es una señal de fuerza, indudablemente la Francia de 1830 era mas fuerte que la Francia de 1791.

Ademas, preciso es decirlo, en 1830 se conocia claramente que la monarquía, separada de sus apoyos, conservaba muy débiles raices en el suelo de Francia. En 1830, era solo un árbol que desarraigar; en 1791, era toda una espesa selva que destruir.

A las cuatro de la tarde, la columna expedicionaria llegó á tres cuartos de legua de Rambouillet: recibió allí la orden de detenerse y supo que Carlos X habia abandonado á Rambouillet.

Mas tarde pintaremos todos los pormenores de esta extraña expedicion, de la que formábamos parte, y que aunque compuesta de unos treinta mil hombres, hubiese sido vencida ciertamenté por tres ó cuatro mil hombres valientes y bien dirijidos.

Los unos acamparon: los otros hallaron un asilo en el pequeño pueblo de Coigniers: todos se morian de hambre.

Mientras que á las seis de la mañana la columna expedicionaria se dirijia de vuelta á Paris, la multitud parisiense se precipitaba en masa á las puertas del Palacio-Borbon.

El teniente general debia asistir á la apertura de las cámaras convocadas por él.

A la una tronó el cañon de los Inválidos, ese bronce

inerte y cortesano, que mudo siempre cuando cae un trono, se despierta y suena cuando se eleva otro.

La diputacion de los pares y de los diputados mezclados confusamente, sin distincion de rangos ni de títulos, fué á recibir al duque de Orleans á la puerta del palacio, en el que, diez y ocho años mas tarde, su nieto deberia ir á buscar un asilo, ya que no una proteccion.

De pronto un ugier anunció con voz fuerte y sonora al señor teniente general del reino.

El duque de Orleans apareció en trage militar y con el cordon de la Legion de Honor.

Llevaba su sombrero en la mano saludando á derecha é izquierda con ese aire de afabilidad que se habia esparcido en su rostro desde hacia tres dias.

Sin embargo, al mirarse frente á frente del trono vacio, se le vió palidecer.

Se acordaba acaso que en aquel mismo recinto y al pié de aquel mismo trono, Cárlos X habia estado próximo á caer, y que él, que se dirigia á su turno á subir las mismas gradas, habia recogido y entregado al rey la gorra de blanco penacho, símbolo real que se cayó de su cabeza?

Se adelantó sin embargo por el estrado con paso firme y se sentó en una silla de tijera.

El duque de Nemours, en defecto del duque de Orleans, en camino entonces para Paris á la cabeza de su regimiento, ocupó otra silla frente á su padre.

Todo un estado mayor se colocó al rededor de las futuras Magestades, iluminadas ya por esos dorados rayos que alumbran siempre los nacientes tronos.

Oh! monseñor duque de Nemours ¿os acordais del 24 de Febrero, en que fugitivo y disfrazado, abandonando en las manos de un guardia nacional á vuestro amado sobrino, dejasteis ese mismo recinto?

Pero el velo del porvenir, espeso y oscuro por los diez y

ocho años que debian pasar, se estendia entre 1830 y 1848 bordado de arabescos de oro magníficos.

El duque de Orleans tomó la palabra:

“Señores pares y señores diputados, dijo: Paris, viendo turbado su reposo por una deplorable violacion de la Carta y de las leyes, lo defendía con un valor heroico. En medio de esta lucha sangrienta ninguna de las garantías del órden social existian; las personas, las propiedades, los derechos, todo lo que es mas precioso y caro para los hombres y los ciudadanos, corrian el peligro mas inminente. Acéfalo el pais de todo poder público, el voto de mis ciudadanos me llamó: ellos me han juzgado digno de unirme á ellos para el bien y la salvacion de la patria: ellos me han invitado para que ejerza las funciones de teniente general del reino. Su causa me ha parecido justa, inmensos los peligros, imperiosa la necesidad, sagrado mi deber! He llegado al medio de este valiente pueblo, seguido de mi familia y llevando sus colores, esos colores que por segunda vez han señalado entre nosotros el triunfo de la libertad. He acudido, resuelto á sacrificarme á todo lo que las circunstancias me exijan, en la situacion en que me han colocado, para establecer el imperio de las leyes, salvar la libertad amenazada é imposibilitar la vuelta de tan grandes males, asegurando para siempre el poder de esta Carta, cuyo nombre invocado en el combate, se invocaba despues de la victoria. A las cámaras les toca guiarme para el mejor cumplimiento de tan noble tarea. Todos los derechos deben quedar sólidamente garantizados, y todas las iustituciones necesarias para su mas lleno y libre ejercicio, deben recibir el desarrollo que demandan. Adicto por cariño y por conviccion á los principios de un gobierno libre, acepto desde ahora todas las consecuencias. Creo deber llamar vuestra atencion desde hoy acerca de la organizacion de la guardia nacional, de la aplicacion de un jurado para los delitos de imprenta, de la formacion de administraciones departamen-

tales y municipales, y sobre todo, acerca de ese artículo 14 de la Carta, tan odiosamente interpretado.

“Animado de estos sentimientos, señores, he venido á abrir esta sesion.

“Me es doloroso el pasado: deploro infortunios que hubiera querido prevenir; pero en medio de ese magnánimo arranque de la capital y de todas las ciudades francesas, al mirar renacer el órden con tan maravillosa prontitud, despues de una resistencia sin escesos, un justo orgullo nacional hace latir mi carazon, y veo, confiado, el porvenir de la patria.

“Sí, señores, dichosa y libre será esta Francia que nos es tan cara: ella mostrará á la Europa que únicamente ocupada en su prosperidad interior, ama la paz tanto como la libertad, y no desea mas que la dicha de sus habitantes.

“El respeto á todos los derechos, el cuidado de todos los intereses, la buena fé en el gobierno, son los medios mejores para desarmar y concluir con los partidos, y para llenar los espíritus de esa confianza en las instituciones, y de esa estabilidad, únicas garantías seguras de la dicha de los pueblos y de la fuerza de los Estados.

“Señores pares y señores diputados: tan pronto como estén constituidas las cámaras os haré conocer el acta de abdicacion de S. M. Carlos X: por la que renuncia tambien sus derechos S. A. R. el Delfin Luis-Antonio de Francia. Esta acta me ha sido entregada ayer, 2 de Agosto, á las once de la noche. He ordenado ya se deposite en la cámara de los pares, y mañana la haré circular en la parte oficial del *Monitor*.”

Terminado este discurso en medio de ruidosas aclamaciones, el teniente general declaró abierta la sesion del poder legislativo, y se retiró al Palacio Real.

En el muelle se encontró Luis Felipe con las carrozas de Carlos X llenas de gente del pueblo,

Prestaban sombra á éstas, pabellones tricolores llevados

por algunos hombres que iban sentados en el pescante junto á los cocheros y en el lugar de los lacayos.

Puntas de lanzas y de bayonetas asomaban por todas las portezuelas.

Luis Felipe deseaba con ansia tener noticias de Rambouillet.

Las noticias eran buenas: como ya lo hemos dicho, Carlos X habia abandonado á Rambouillet y dirijidose á Maintenon.

Llegado á este punto, Carlos X licenció su guardia, y conservó solo como escolta hasta llegar á Cherbourg, á los militares que pertenecian á su casa.

El 5 de Agosto Carlos X se hallaba en Verneuil.

Allí fué donde supo la apertura de las cámaras y donde leyó el discurso que pronunció en ellas el teniente general.

Su admiracion fué inmensa cuando vió que el nombre de Henrique V no habia sido pronunciado, y que no se habia reservado al real infante ninguno de sus derechos.

Sin embargo nada de todo eso podia hacerle perder completamente la esperanza que fundaba en el duque de Orleans.

—Estoy seguro—decia—que mi primo es incapaz de tomarse una corona que no le pertenece.

—No—respondió la Delfina—no la tomará él, pero dejará que la coloquen en su cabeza.

—Entretanto—replicó el Delfin—se ve lo que nunca se ha visto, es decir, tres reyes de Francia á un tiempo.

—Y tres reyes sin corona—contestó la Delfina con un suspiro.

El 7 de Agosto, Luis Felipe I fué proclamado rey de los franceses.

El 9 de Agosto la familia fugitiva supo esta noticia en Argenteuil.

—He podido engañarme hasta tal punto? exclamó Carlos X. Oh! no es eso lo que se me prometió en Rambouillet!

—Bueno—dijo el Delfín—el duque de Burdeos habrá reinado como yo, solo un día—el porvenir nos dirá cuantas semanas reinará el duque de Orleans.

Pareciendo muy lenta la marcha de la familia destronada, se resolvió organizar un movimiento en Normandía.

En Rambouillet se logró un buen éxito, y se distribuyó á los emisarios del nuevo gobierno el mismo programa.

El 12 el cortejo no habia llegado mas que hasta Saint-Lô.

Allí supieron que los guardias nacionales de Valognes, de Cherbourg, de Bayaer y de Carentau acababan de sublevarse.

Cárlos X, tan impasible en lo que le concernia, temblaba por la vida del duque de Burdeos. Conservar esta vida era, segun él, la última mision que le destinaba la Providencia.

Desde entonces apresuraron su marcha; atravesaron Carentau sin detenerse, y llegaron á Valognes el dia 14.

Desde este punto fué desde donde escribió Cárlos X al rey de Inglaterra pidiéndole un asilo; el lenguaje de su carta era menos elevado, pero contenia la misma súplica que quince años antes habia dirigido Napoleon al regente, y que diez y ocho años mas tarde debia dirigir Luis Felipe á la reina Victoria.

Antes de dejar á Valognes, lo mismo que Napoleon en 1814, al irse para la isla de Elba, Cárlos X, temiendo ser asesinado, abandonó su traje militar y se vistió uno de paisano sin decoracion alguna.

Su precaucion no habia sido inútil: muy cerca de Cherbourg algunos hombres se acercaron á su escolta gritando: *Abajo la cucarda blanca! Viva la libertad!*

El 64 de línea rodeó al instante el real carruage, y tuvo el honor de ser el último regimiento que se conservó fiel al trono caido.

Se procedió sin retardo al embarque.

Una inmensa multitud cubria el muelle, las murallas y todos esos magníficos trabajos marítimos empezados por Luis XVI y concluidos por Napoleon.

La fisonomía de la familia real presentaba, en ese momento supremo, singulares contrastes.

El anciano rey estaba como siempre, sereno y digno. Era el mas cercano al sepulcro y por lo mismo para quien debia durar el destierro menos tiempo.

La duquesa de Angulema, tan valerosa por naturaleza, estaba completamente abatida.

El Delfín se mostraba indiferente hasta el idiotismo.

La duquesa de Berry, furiosa é irritada, á juzgar por las apariencias, se hubiera dejado llevar el último extremo.

Mademoiselle que tenia poco mas ó menos la edad de la hermana del rey cuando abandonó la Francia, lloraba.

El duque de Burdeos que tenia poco mas ó menos la misma edad que la en que el conde de Paris debia dejar la Francia, enviaba besos á todos, maquinalmente y por costumbre, besos que rechazaban los concurrentes, pero que acogia la patria, esta madre á la que tantas veces se la fuerza á ser ingrata con sus mejores hijos.

Dos buques recibieron á Cárlos X y su comitiva.

Eran el *Great-Britain* y el *Charles-Caroll*.

Abordo del *Great-Britain* que debia trasportarle á Inglaterra, Cárlos X envió este mensaje á M. Odilon Barrot.

“Me complazco en testificar á los señores comisionados la justicia de que son dignos. Solo merecen alabanzas las atenciones que les he debido tanto yo como toda mi familia.”

En fin, el 14 de Agosto á las dos y cuarto de la tarde, sonó la señal de partida: el comandante hizo desplegar todas las velas, y el *Great-Britain*, remolcado por un vapor, fué desapareciendo lentamente en el horizonte, llevándose la monarquía destronada hácia la rada de Spithead, donde la aguardaba la melancólica hospitalidad de Holly-Rood, casi

tan deshonrosa para la Inglaterra como la homicida prision de Santa Elena.

Por una rara casualidad, los dos buques que trasportaron á Carlos X y á su familia, pertenecian á M. Patterson, cuñado de Gerónimo Bonaparte.

CAPÍTULO XLVIII.

HUGO CAPETO fundó la dinastía de los grandes vasallos, Francisco I la de los grandes señores, Luis XIV la de los aristócratas, Luis Felipe la de los grandes propietarios.

Es curioso contemplar cómo esta monarquía, creada por el paisanage y por los banqueros, causó tan poca turbacion en los negocios comerciales. El 24 de Julio, tres dias antes de la revolucion, la renta estaba á 105,15; y el 12 de Agosto, tres dias despues de la instalacion de la monarquía, estaba á 104,40.

La monarquía de derecho divino, al desplomarse, solo produjo una baja de 75 céntimos,

Pero este movimiento gigantesco calmado tan pronto en el interior, causó una conmocion terrible en el estrangero.

El soberano cuya adhesion preocupaba mas á Luis Felipe era el emperador de Rusia.

En efecto, el emperador de Rusia, pronto á firmar un tra-

tado con la rama primogénita en que nos cedia las fronteras del Rhin con la condicion de que le dejáramos posesionarse de Constantinopla, perdía con el advenimiento de Luis Felipe al trono, aquella presa tan deseada desde hacia mas de ciento cincuenta años por los Czares ó emperatrices que le habian antecedido.

Así es que el primer enviado extraordinario que se nombró, fué M. Athalin, encargado de presentar al Czar una carta que se halla testual en nuestras notas justificativas, (1)

M. Athalin encontró al emperadar de Rusia muy irritado; y es que no solo, como ya hemos dicho, perdía con el advenimiento al trono de Luis Felipe su sueño bizantino, sino que conocía tambien, que á pesar de la compresion que trataría de ejercer Luis Felipe, se creaba al Oeste del globo una máquina de libertad poderosa que rápida como el vapor llegaría á invadir sus estados.

Así es, que sin embargo del tono de la carta de Luis Felipe, el emperador recibió mas que friamente á M. Athalin, y el 18 de Setiembre, le entregó en respuesta esta carta ambigua que hacía aun mas insolente el no usar en ella de la calificacion de hermano, dada á Nicolás por Luis Felipe. (2)

La respuesta era bien seca ¿pero que le importaba al nuevo rey? Lo que este quería era la paz, la paz á cualquier precio; y esta se la prometía la Rusia con tal de que fuesen respetados los tratados de 1815. Era todo lo que necesitaba Luis Felipe, que no habia tenido nunca intenciones de atacarlos.

Despues de la Rusia, la potencia que inquietaba mas á Luis Felipe era el Austria; pero el Austria, fijas las miradas en las invasiones de la Prusia, por una parte, y en su volcán

[1] Véanse las notas justificativas, número 10.

[2] Véanse las notas justificativas, número 11.